

Ni brasileños ni paraguayos, brasiguayos

por Eduardo J. Vior

El candidato del Partido Colorado, Horacio Cartes, no duda de su triunfo en los comicios de este domingo, pero sólo podrá gobernar si mejora las relaciones con la importante minoría “brasiguaya”. Por eso el jueves 18 cerró su campaña en Presidente Franco, en el Departamento de Alto Paraná, en el Este del país, una región eminentemente rural con fuerte presencia de colonos descendientes de los inmigrantes que llegaron del otro lado del Río Paraná.

Compuesta por unas 350.000 personas (no hay estimaciones confiables), esta comunidad persiste en no identificarse con Paraguay, aunque la segunda y tercera generación nacieron y crecen en el país, y su identificación con Brasil es fantasiosa, ya que no ha vivido la evolución de su sociedad en casi tres décadas de democracia. No son brasileños ni paraguayos, sino una categoría intermedia que despectivamente se ha calificado como “brasiguayos”, pero producen y exportan el 80% de la soja paraguaya (el cuarto productor del mundo). Dividen sus simpatías entre colorados y liberales, pero limitan su participación a la política local y prefieren presionar a los políticos paraguayos desde afuera del sistema, involucrando muchas veces al gobierno brasileño (contra la voluntad de Dilma Rousseff) en la defensa de sus intereses.

Esta situación no debería cambiar con el triunfo de Cartes, pero mucho dependerá de las relaciones de éste con el MERCOSUR y de cómo resuelve los conflictos por la propiedad de las tierras que los colonos ocupan. Si Paraguay reingresa al bloque regional, deberá aplicar en los próximos años el arancel aduanero común, lo que implicaría trastocar toda la economía del contrabando de la que se alimenta gran parte del empresariado paraguayo. Ciudad del Este dejaría de ser el emporio comercial importador actual, para reconvertirse hacia la producción y esto atraería los ingentes capitales acumulados por los brasiguayos, pero es poco probable que colorados y liberales estén dispuestos a dar ese paso.

La agricultura representa el 25% del Producto Interno Bruto (PIB) de Paraguay, pero aporta el 40% del crecimiento económico que este año podría llegar al 13%, de acuerdo a las últimas estimaciones del Banco Central del Paraguay. Los brasiguayos son responsables por el 80% de la producción agrícola del país.

En el contexto del giro geopolítico de la dictadura de Alfredo Stroessner (1954-89), que a partir de la década del 60 alió a Paraguay con Brasil, ambos países acordaron el asentamiento en el Este y Norte del país de miles de colonos brasileños. Para las dos dictaduras se trataba en primer lugar de ocupar un inmenso espacio sólo habitado por indígenas, frenar lo que percibían como amenaza argentina y reprimir mejor a las guerrillas antidictatoriales. Para el gobierno paraguayo esta inmigración tuvo la ventaja suplementaria de desbrozar a mano el monte e incorporar enormes extensiones a la producción. A la dictadura brasileña, por su parte, la presencia de los colonos brasileños en suelo paraguayo le sirvió para intervenir activamente en la política del vecino país. Entre mediados de la década del 70 y principios de los 80 inmigraron varios cientos de miles de agricultores brasileños, en su gran mayoría descendientes de alemanes e italianos cuyos padres habían llegado de Rio Grande do Sul y Santa Catarina en los años 40 y 50 expulsados por la

crónica concentración de la tierra en el campo brasileño. Paraguay se convirtió en su última posibilidad de acceder a la propiedad, lo que explica la fiereza con la que defienden lo adquirido.

Por su origen esta colectividad arrastra sentimientos culturales complejos. Sus antepasados poblaron desde mediados del siglo XIX las colonias de alemanes e italianos que sirvieron al Imperio para ocupar el sur de Brasil. Sin embargo, siempre vivieron aislados de la sociedad brasileña, cultivando sus lenguas y credos de origen y despreciando racialmente a la sociedad de acogida. Cuando en la Segunda Guerra Mundial Brasil entró en guerra contra Alemania e Italia, el gobierno de Getúlio Vargas (1930-45) reprimió brutalmente estas colonias, prohibió el uso de sus lenguas, cerró sus iglesias y expulsó a esta población de la faja fronteriza con Argentina, país neutral. En ambas colectividades persistió largamente el terror hacia el Estado brasileño y la sensación de no pertenencia.

Cuando los hijos de esos colonos pasaron la frontera paraguaya, en ambos países regían dictaduras. Crecieron y se desarrollaron en Paraguay bajo Stroessner y la débil democracia siguiente. No vivieron las intensas transformaciones del Brasil democrático. Su imaginario combina entonces el resentimiento antiestatalista y la sensación de supremacía racial de sus abuelos con la socialización autoritaria que tuvieron en Paraguay y la lejanía mental de Brasil. Este complejo racista, autoritario y antiestatalista explica quizás por qué no se meten en la política paraguaya y permanentemente reclaman la intervención del gobierno brasileño. Sólo uno de sus representantes, Fernando Schuster, se presenta en estas elecciones como candidato a diputado por el Departamento de Alto Paraná en la lista colorada, algunos municipios de la región están gobernados por intendentes brasiguayos y la abogada Marilene Sguarizi los representa ante las autoridades de ambos países.

Sus relaciones con los colorados tampoco son rosadas. Cuando Stroessner pergeñó su acercamiento a Brasil, personeros de la dictadura compraron muy baratas ingentes extensiones de tierra en el Este y Norte del país en el marco de una llamada “reforma agraria”. Luego las parcelaron y revendieron a los colonos brasileños, pero en la gran mayoría de los casos no las escrituraron. Aunque hay unos pocos terratenientes brasiguayos, la inmensa mayoría de las parcelas oscilan entre las 100 y 300 hectáreas. Desde que esas tierras aumentaron su valor gracias al desmonte y a los precios de la soja, se multiplicaron también las exigencias de devolución de los antiguos propietarios. Los tribunales de Ciudad del Este están tapados por una ola de procesos judiciales sobre la propiedad de las tierras de los brasiguayos.

Como además Paraguay carece de un catastro consolidado y confiable, nadie conoce la delimitación precisa de las parcelas. Cuando el gobierno de Lugo intentó regularizar el catastro, hizo estallar la caldera. Al mismo tiempo las ocupaciones de algunas propiedades brasiguayas por “carperos” (los ocupantes instalaban carpas en los campos tomados) generalizaron la histeria. Si bien en los departamentos del Norte del país, donde hay movimientos campesinos bien organizados, las ocupaciones estuvieron claras, en el Este no queda claro quién motorizó las tomas de tierras.

En declaraciones recientes Fernando Lugo rechazó las acusaciones de haber impulsado las ocupaciones de tierras. El expresidente llamó a instalar “un nuevo tipo de relación (...) especialmente con los ’brasiguayos’”.

La comunidad de origen brasileño no se mete en la política paraguaya, pero puede presionar enérgicamente, cuando ve afectados sus intereses. En las semanas previas a las elecciones se movilizó contra un proyecto de ley que imponía una tasa del 10% sobre la exportación de soja. Después de que el Senado aprobó la medida, los líderes brasiguayos organizaron una marcha a Asunción para obligar a la Cámara a anular el proyecto, lo que ocurrió diez días antes de las elecciones. Cartes promete que va a acabar con las demandas de restitución de las tierras poseídas por los brasiguayos, pero son demasiados los intereses de personeros del partido colorado en esas ricas extensiones. Sin catastro y sin escrituras, con los precios de la soja en alza y con la perspectiva de una cosecha récord es lógico suponer que estos conflictos se agudicen. Además los movimientos campesinos han crecido en organización y número. Nada volverá a ser como era antes y en algún momento los brasiguayos deberán decidir, si empiezan a ser realmente paraguayos.